



Cuaderno
de bitácora

PUERTA DEL SOL. UN EPISODIO NACIONAL

de Jerónimo López Mozo

A finales del 2007, recibí una llamada de Juan Carlos Pérez de la Fuente. Quería saber si, llegado el caso, aceptaría escribir un texto sobre el Motín de Aranjuez y el Dos de Mayo basado en los *Episodios nacionales*, de Galdós. La respuesta fue afirmativa, aunque no me entusiasmaba. Por una parte, en diversas ocasiones he sido crítico con el afán de adaptar novelas al teatro y, por otra, Galdós no figura entre mis escritores preferidos. Pero, a pesar de esos reparos, me parecía interesante trabajar con él.

En la primera reunión que mantuvimos, me dio algunos datos más sobre el proyecto. En lo esencial, se trataba de poner en pie un gran espectáculo del que me hablaba con un entusiasmo contagioso. La escenografía se la había encomendado a José Hernández, quien había hecho la de *Pelo de tormenta*, de Nieva. A medida que Juan Carlos hablaba, no me fue difícil imaginar una impresionante puesta en escena. Pero no todo se reducía a eso, sino que debía también reflexionar sobre aquellos acontecimientos a través de la mirada del escritor canario. Yo había leído los *Episodios nacionales* muchos años atrás. He vuelto a ellos como si no los conociera. Primero, con una lectura rápida. Mi primera impresión fue que su dramatización era poco menos que imposible. Narrativa pura con muchos escenarios y mucha acción, llena de sucesos inverosímiles de tintes melodramáticos. Me asusté. Lecturas más lentas me permitieron descubrir otros aspectos. Por ejemplo, la envidia de unos personajes muy bien descritos. Empecé a quererlos, a hacerlos míos. Mi opinión sobre Galdós fue cambiando poco a poco. Acabé empapándome de la novela. Buena prueba de ello es que he puesto todo mi empeño en que el espíritu de Galdós estuviera muy presente en la obra y en que el vocabulario fuera el suyo. Cuando no encontraba la palabra adecuada, la buscaba en otros textos de él.

Como autor me interesaba, y mucho, el contenido político e intelectual de la obra. Siempre he tenido la impresión de que tanto el Motín de Aranjuez como los sucesos madrileños del Dos de mayo han sido manipulados por políticos e historiadores en función de sus intereses. El protagonista de ambos episodios fue el pueblo, pero no un pueblo heroico y consciente de su papel en la Historia de España. En el Motín de Aranjuez, sus sentimientos fueron manipulados por conspiradores palaciegos que no dudaron en reclutar a los revoltosos a cambio de dinero. El

Dos de Mayo no tuvo nada que ver con el Motín. Se trataba de un levantamiento de otra naturaleza. El destinatario fue el ejército francés, que se había adueñado de Madrid. Como digo en la obra, no hubo una conjura silenciosamente preparada, sino la reacción airada de un pueblo humillado por la insolencia de los militares extranjeros y abandonado a su suerte por unos gobernantes ineptos. Los madrileños no tenían conciencia del paso que estaban dando. Ignoraban que su acto de furia desembocaría en la Guerra de la Independencia. No pasaron, pues, el testigo a otros, sino que otros, siguiendo su ejemplo, lo recogieron. Eso es lo que yo quería decir, y también que en estas cuestiones siempre es el pueblo el que paga los platos rotos. Un personaje —Galdós anciano— expresa en un largo monólogo mi punto de vista. Necesitaba hacerlo y he de decir que he tenido libertad para ello. Puede afirmarse que en ese monólogo estamos Galdós y yo.

Para concluir, algunas consideraciones sobre mi trabajo. El texto, aceptado por el director sin reservas, apenas ha sufrido modificaciones o ajustes durante los ensayos. Han sido mínimas y ninguna ha afectado a lo esencial. En la parte dialogada, tan solo la supresión de alguna frase innecesaria o la incorporación de otras que enriquecían al personaje. También, a petición de los actores, la sustitución de alguna palabra. Pero he de decir que, en todos los casos, he sido consultado. Es algo que quiero resaltar porque tan extremado respeto por los autores es muy poco frecuente. En las escenas de acción ha habido un añadido y algunos ajustes. El añadido, todas las voces que acompañan la detención de Godoy, feliz sugerencia de Juan Carlos. Los ajustes tienen que ver con la necesidad de disponer de frases o pequeños diálogos para llenar huecos. Esto me llevó a crear más de las necesarias, a disponer de una especie de banco de frases del que ir echando mano.

Por otra parte, una de mis mayores preocupaciones era conseguir disimular, en la medida de lo posible, el origen narrativo del texto. Luego, que el libreto fuera el soporte adecuado a los propósitos de Juan Carlos. Ambas cosas las resolví de la siguiente manera. Estaba previsto que un Gabriel de Araceli adulto fuera, como narrador, el hilo conductor de la historia. Decidí incluir entre los personajes al joven Galdós, el que, a sus cerca de treinta años, acometió la escritura de los *Episodios*. Así, es Galdós, y no el

Puerta del Sol. Un Episodio nacional

[fragmento]

Galdós aparece desde el foro con una carpeta bajo el brazo.

GALDÓS. Con todo, la de Trafalgar fue una batalla gloriosa.

DON GABRIEL. Y un glorioso desastre. Un desastre anunciado.
¿Acaso la paliza que nos dieron los ingleses en la batalla del cabo de San Vicente no fue un aviso en toda regla?

GALDÓS. La derrota fue terrible, pero nunca llegó tan alto el patriotismo de los españoles.

DON GABRIEL. Nunca.

GALDÓS. Lo dice como si lo pusiera en duda.

DON GABRIEL. Derrocharon valor, es verdad.

GABRIEL. También tú, abuelo.

DON GABRIEL. También. En medio de la batalla, sentí que mi pecho se ensanchaba. Pero no estoy seguro de que a todos nos moviera el mismo sentimiento. A veces me he preguntado a qué llamamos patriotismo. ¿Usted lo sabe?

GALDÓS. Es lo que mueve a un pueblo entero, sin que nadie se lo ordene, cuando la nación está en peligro.

DON GABRIEL. La nación en peligro, eso es. Cuando yo tenía la edad de Gabrielillo creía que también había que acudir en defensa de los que la gobiernan. Ya sabe, del Rey y, si me apura, hasta de sus primeros ministros.

GABRIEL. ¿No es todo lo mismo?

DON GABRIEL. ¡Claro que no! El tiempo me ha enseñado que una cosa es la patria y otra las personas que dicen representarla. Por mucho que la invoquen y digan que están a su servicio, solo viven para satisfacer sus ambiciones personales. Son maestras de la intriga. Las intrigas se extienden desde las puertas de palacio hasta la alcoba de los reyes. Si la gente supiera lo que cuece en las calderas del poder... El beneficio de unos se alcanza a costa del descrédito y de la ruina de otros. Hasta de sus vidas. Apenas llevaba un año en Madrid y ya estaba al corriente eso, y de más. (A Galdós.) Si sigue adelante con su proyecto...

GALDÓS. ¿Adelante dice? (Mostrando la carpeta.) Como bien sabe, aquí tengo escritas ya las primeras páginas del segundo volumen.

DON GABRIEL. ¿No corre mucho?

GALDÓS. No tema que me deje nada en el tintero, si es lo que le preocupa. Cuanto usted me diga, quedará fielmente recogido.

DON GABRIEL. Así lo espero.

GALDÓS. Aspiro a ofrecer, con su ayuda, un retrato cabal de aquella España.

DON GABRIEL. Diga mejor de todas las Españas, las que han sido y las que vendrán. Entre nosotros, Galdós, aquí lo mismo da que haya monarquía que república, gobiernos despóticos que liberales. ¡No tenemos remedio!

GALDÓS. Por lo que le llevo oído, el ambiente andaba revuelto.

DON GABRIEL. En las alturas se conspiraba y las calles eran un hervidero de rumores. Se decía que Fernando, el Príncipe de Asturias, tenía muchas ganas de ocupar el trono antes de que muriera su padre Carlos IV y que conspiraba para arrebatárselo. Otros, que era el todopoderoso Godoy, *el Príncipe de la Paz* para sus escasos seguidores y *el Choricero* para los que le querían mal, el que aspiraba a quedarse con la Corona. Los que pensaban de ese modo estaban seguros de que tramaba enviar a América a toda la familia real para tener las manos libres.

GABRIEL. ¡Vaya pájaro, el tal Godoy!

DON GABRIEL. No había español más odiado que él. Sus detractores le llamaban de todo: embustero, enredador, bribón, inmoral, lascivo, dilapidador y qué sé yo cuántas cosas más. Para la gente, ninguno de los honores de que gozaba era merecido.

GABRIEL. ¿Nadie decía nada bueno de él?

DON GABRIEL. Alguno alababa su talento y su habilidad.